

LA CONTINGENCIA EN EL PENSAMIENTO DE GIANNINI

CRISTÓBAL HOLZAPFEL¹

Universidad de Chile

crisob@u.uchile.cl

RESUMEN

La contingencia es un tema que atraviesa toda la obra de Giannini, al menos desde *La reflexión cotidiana* (1987) a la *Metafísica eres tú* (2007). En la presente ponencia exploraremos, siempre en diálogo con autores contemporáneos, las reflexiones de Giannini acerca de la contingencia, vista como *deuda de ser*, como *posibilidad abierta*, que *potencia* su contingencia *multiplicándola al futuro*. Por esta vía las indagaciones acerca de la contingencia de Giannini se vinculan a las capacidades creativas de lo que puede ser (*dynamis*) según Aristóteles, y a la nada como *posibilidad* distintiva de lo humano (Fink). En estas reflexiones el pensador chileno también se acerca a Heidegger quien vincula la filosofía en tanto metafísica, justamente con la capacidad de hacerse cargo de la nada. El mismo autor, que ya ha reflexionado sobre sobre la temporalidad y la preeminencia del futuro justamente como posibilidad. Pero Giannini, alejándose de Heidegger, recupera también la relevancia del tiempo pasado, para la moral y la vida en común (Ricoeur). La presencia, que es una preeminencia temporal y ontológica del Otro (Levinas), bajo una forma especialmente atendida y examinada por Giannini: la comunicación (Jaspers).

¹ Doctor en Filosofía por la Universidad de Friburgo, profesor titular del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile.

El tema de la contingencia en el pensamiento de Humberto Giannini, basado especialmente en una de sus últimas obras *La metafísica eres tú* (2007), se enmarca en la reflexión cotidiana, en razón de lo cual conecta con aquella otra obra anterior titulada con este mismo nombre (1987). Se trata del ciclo circadiano de estadía, salida y vuelta al domicilio, todo lo cual es ante todo un camino reflexivo. Se atiende aquí muy especialmente a una vivencia de ciudadanía y de pérdida de ésta con la dictadura en nuestro país. Es más, ésta es la motivación del libro *La reflexión cotidiana* (1987), sin lugar a dudas uno de los libros de mayor impacto y más leídos de la filosofía chilena. Más precisamente, se trata con Humberto de la preocupación de la pérdida de lo común, de la comunidad.

En este sentido, la reflexión cotidiana constituye la propuesta de una salida a esa pérdida. Como bien sabemos, en el itinerario domicilio-calle-trabajo, es la calle el lugar de lo incierto, de la aventura, de la posibilidad, de eventuales nuevas posibilidades, que pueden surgir en el camino. Es aquí donde encaja el tema de la contingencia.

En un capítulo de *La metafísica eres tú*, titulado “De los futuros contingentes” leemos:

“Hay que reconocer, como decíamos, que si algo está aquí es porque hay alguna cosa (o alguien) que lo ha traído desde otra parte o desde otro tiempo; debemos reconocer una cadena de contingencias pasadas que ‘responden’ empíricamente por lo que ahora es. Y por muy insolventes que parezcan los avales, los garantes, está a la vista que de hecho han respondido. Hay que reconocerlo: las cosas, una vez ocurridas, marcan una facticidad con el peso de lo irremediable. No puedo, en efecto, sacar de mi historia lo que ha ocurrido. Aquello está, por decirlo así, patentado en el mundo con todas sus consecuencias reales hoy, y posibles, mañana” (Giannini, 2007, p 51).

Hay en esto algo gravoso, algo que tiene que ver con peso y gravitación, y al mismo tiempo, con el conservadurismo. Es tal el peso de las cosas, con su tradición (que puede

tener calidad de lastre) que viene del pasado, que todo parece anquilosado y vive significativamente de la reiteración, de un incesante reafirmarse.

“En otras palabras: lo pasado se vuelve una contingencia cumplida; entonces, algo irremediable. Algo que actúa desde su más lejana lejanía con la fuerza de aquello con lo que siempre habremos de contar” (Giannini, 2007, p 51).

Como observamos, nos dice Giannini que el pasado es “contingencia cumplida”. Por de pronto, en todo momento nos vamos abriendo paso hacia lo que todavía no es, el futuro, que es contingencia pura. Y si bien siempre habito en el presente, y sólo en él puedo hacer cosas, actuar, sin embargo el presente, como encuentro entre lo sido y lo porvenir, está transido, tendido entre las dos contingencias mencionadas: una, la del futuro que lo es propiamente, y la otra que, en rigor no lo es, a no ser que al modo de una contingencia que por haberse cumplido, la del pasado, resulta inamovible. En ella se lee lo que ya soy, mi recorrido con su gran avenida, sus escondrijos, sus meandros, sus altibajos, sus valles, sus terrenos escarpados y hasta sus precipicios. Y con acierto, relaciona Giannini, un nexo de la contingencia cumplida del pasado con la espacialidad, a saber, con una “lejana lejanía”, es decir, una lejanía que, en la medida que pasan los años y los decenios, se va haciendo cada vez más lejana, más remota, a tal punto que probablemente, cuando en el domicilio, me recojo, intentando encontrarme conmigo mismo, es ésta una experiencia al modo del cazador que sólo encuentra huellas del animal en pos del cual va.

Continúa Giannini:

“Hay que decir, en cambio, que sin tener siquiera el mérito ontológico de haber sido o simplemente de estar inmoviblemente allí, como esa silla, la contingencia de las cosas futuras no posee ni un momento, por más ínfimo que sea, de realidad. Y es este no-compromiso con la realidad la forma más extrema y profunda de

contingencia. Es esta la que deberemos tener ahora a la vista a propósito del tema específico de la condición humana. La contingencia del futuro” (Giannini, 2007, p 51).

Podría decirse que cada ser humano es una amalgama de realidad y posibilidad, justamente por estar siempre tendido y tensado entre pasado y futuro. En cada cual, y de modo distinto, variando esto según épocas y circunstancias, prepondera y nos marca más lo posible que lo real, o viceversa.

Y, como advierte nuestro autor, estamos rodeados de entes, “como esa silla” que son pura realidad del pasado, que son hechos acabados, y esto marca una distinción con el ser humano que, ante todo, es justamente posibilidad, contingencia pura.

Y sigue:

“Ciertamente al hombre lo alcanza, ‘le toca’ (es el significado de ‘*contingere*’) aquella suerte de deuda de ser, de injustificación, que afecta a la naturaleza y a cada ente natural. Y no solo le toca: más bien debiéramos decir que el ser humano la arrastra consigo; porque en cuanto actúa autárquicamente, desde sí, él mismo es testimonio, pero más que eso, es un promotor multiplicativo de esa contingencia. / Es decir, por tener en sí mismo la experiencia de su indeterminación respecto de aquello que ‘puede o no esperar de lo que pasa’, por eso mismo potencia y multiplica al infinito esta condición suya. En cuanto vive inventándose, métodos, técnicas, estrategias y medicinas para sortear lo que pasa, para jugarse esta o aquella posibilidad; para diferir una u otra, para escabullirla, transgredirla o justificarla. Y es este poder modificativo y combinatorio el que se suma como sobrecarga de contingencias futuras a las arrastradas por el ente que viene al mundo por cauces exclusivamente naturales. Paradójicamente, pues, a causa, de tantas previsiones de la vida, ella misma tiende a hacerse imprevisible. Incurable a causa de tantas curas. Mortal” (Giannini, 2007, p. 52).

Claro está, entre realidad y posibilidad ¿cómo no? suele haber disconformidad, desajuste, desencuentro. El ser humano, al estar inmerso en el pasar, éste le genera inquietudes, y tengamos en cuenta no únicamente el pasar de las cosas naturales, de las nubes, de un río,

de un huracán, de un terremoto o del estado de embarazo de un animal, sino el pasar histórico, por lo general atravesado de punta a cabo por conflictos, y esas inquietudes – apunta Giannini – nos movilizan a tomar medidas, previsiones, a intentar encauzar o revertir aquel pasar, y agrega lúcidamente, de tanta “cura”, de tanto cuidado, de tanta preocupación, resultan las cosas, a fin de cuentas, incurables. Es decir, nuestro humano ser acaba enredado en su propia telaraña. “Incurable a causa de tantas curas” (Giannini, 2007, p.52).

Y dejemos que siga hablando el filósofo:

“Ahora bien, tal imprevisibilidad de nuestro ser, enredada a la imprevisibilidad global de la naturaleza, es algo a lo que estamos expuestos todos los días y que jamás se debiera perder de vista en el recuento de nuestros propios riesgos y posibilidades. / Cuidado nunca excesivo: así quien decide atravesar una calle cuenta, por lo general, con que el sistema central de semáforos ande bien, y con que el automovilista que está por venírsele encima, haya visto la luz roja y no tenga en ese momento el propósito de acabar con la vida de los peatones. No está dicho, sin embargo, que de vez en cuando se echen a perder los sistemas o que un automovilista estresado arremeta contra todo lo que tiene delante. / ¿Y quién no es hijo de algún accidente, de lo que simplemente viene pasando en el mundo?” (Giannini, 2007, p. 52).

Friedrich Dürrenmatt da inicio a su genial obra de teatro “Die Panne” (“La pana”, o también traducida como “El desperfecto”) con una reflexión crítica que se hace el escritor suizo acerca de los temas a los que se les suele echar mano, como quiebres psíquicos, rupturas de parejas, crisis religiosas, y otros. A él le parece que lo que se justificaría sería ante todo tener en cuenta el escenario actual de un mundo altamente tecnologizado y que funciona como una máquina, y cómo en él puede de pronto haber una pana, un accidente, un desperfecto. Dürrenmatt:

“...la posibilidad de que se afloje un tornillo, se atranque una bovina, reaccione erróneamente una tecla, o se produzca el fin del mundo por un corto circuito técnico o por un falso contacto. Por lo tanto ya no nos amenaza ningún dios, ninguna justicia, ninguna fatalidad como en la Quinta Sinfonía, sino accidentes de tránsito, roturas de diques por fallas de construcción, explosión de una fábrica de bombas atómicas, producida por un ayudante de laboratorio distraído, incubadoras mal reguladas. A ese mundo de los desperfectos conduce nuestro camino”. (Dürrenmatt, 1960, p. 14).

Y he aquí que todo comienza cuando Alfredo Traps, un empleado del ramo textil, se queda en ‘pana’ con su flamante Studebaker en algún villorrio alpino...

Con Giannini, se trata de reconocer que pese al ser acabado y resuelto de los entes que nos rodean, tanto de la naturaleza, como de los aparatos, de la infraestructura de que nos valemos, igual hay lo imprevisible, y esto quiere decir que, al menos desde la mirada del ser humano, en cierto modo los entes, que no somos nosotros, comportan también una contingencia; si bien en lo relativo al pasado y no solamente el pasado de esos entes, sino del propio, lo que cuenta es únicamente que no hay tal contingencia, o que ésta sería precisamente una “contingencia cumplida”(Giannini, 2007, p. 51.)

2

Procuremos a continuación sacar a luz ciertas confluencias filosóficas del pensamiento de Giannini sobre la contingencia.

Así como comenzara a pensarlo Kierkegaard, el pasado del que venimos, nuestro pasado, el pasado de cada cual, es inmodificable, no lo puedes cambiar, no tienes otra posibilidad que asumirlo y en este sentido, es necesario. De tal manera que la contingencia no entra aquí, salvo como dice Giannini, en el sentido de lo que resultó, que se hizo realidad, “contingencia cumplida”; la contingencia tiene su lugar más propio en lo futuro. Éste es

pura posibilidad y contingencia, incluso en términos sartreanos supone nada, una nihilización, que le es sustancial a nuestro ser como “para sí”. Es más, agreguemos aquí que ya Aristóteles pensó el no-ser como *dynamis*, como potencia (la semilla no es el árbol, y sin embargo lo es potencialmente). Y en una línea similar a la de Sartre, Eugen Fink pensó la nada como posibilidad, haciéndonos ver en *Fenómenos fundamentales de la existencia humana* (1995) que justamente lo que distingue al ser humano, en cuanto tal, es esta relación con la nada. El ser humano está sumido, inmerso en la nada como posibilidad, y adviértase bien que la nada cobra mayor peso ontológico que el ser, o dicho de modo más apropiado, el propio ser, el de cada cual, es inseparable de la nada. Este pensamiento de Fink le da un sentido particularmente vivo a la concepción que Heidegger propone en *¿Qué es metafísica?* del ser humano como “el lugarteniente de la nada”, es decir, del que sostiene el lugar de la nada, “Der Platzhalter des Nichts” (Heidegger, 2001, p.102). Agreguemos que en esta lección inaugural, Heidegger plantea que justamente lo que distingue a la filosofía en tanto metafísica, es precisamente que se puede hacer cargo de la nada, a diferencia de toda otra forma de saber, de las ciencias en general, en que esta posibilidad queda simplemente excluida (la nada no es, y no hay justamente nada más que hablar ni qué pensar al respecto).

Corresponde relevar aquí la concepción de la temporalidad de Heidegger, de acuerdo a la cual el advenir, el porvenir, entre los éxtasis temporales, es el que goza de la preeminencia ontológica. En términos de una auténtica temporalidad nos abrimos al porvenir, y justo con ello al destino, recogiéndonos luego desde lo sido, en todo lo cual echamos sobre nosotros, como *Dasein*, la carga (*Last*) de lo por venir como de lo sido, para des-cargarnos (*Entlastung*) en el presente, a partir de lo cual recién viene el vínculo con la resolución (*Entschlossenheit*), precisamente en cuanto resolvernos a actuar.

Ahora bien, si el futuro es posibilidad y contingencia, el presente está también transido por ella, pero está sedimentado por el pasado, por de pronto el pasado de cada cual. Y entre ambos no sólo puede haber armonía, sino también desarmonía, estando ambos en una particular tensión. De un lado estamos siempre confrontando lo determinante, lo que ya es, lo que ya somos, esto es, el cuerpo que tenemos, que somos chilenos, sudamericanos, que nacimos en tal época y en el seno de tal familia, es decir, todo lo que concierne a cierta estructura socio-político, económica, familiar, institucional, cultural, y cómo no, biológica. Del otro lado, constantemente, paso a paso, se hace presente cierta contingencia de lo posible, y que hace alusión a que puede iniciarse ahora un posible futuro. Es tal la incertidumbre del futuro que se entiende por qué el ser humano tiende a recluirse, a buscar refugio en el pasado. Su actitud es entonces sobre todo conservadora, procurando asegurar, preservar, retener el pasado, para seguir recorriendo los mismos caminos ya recorridos. El futuro es incierto y nos angustia, a veces incluso nos aterra. Quizás con más apoyo en Ricoeur (1990) que en el propio Giannini podemos ver la moral como más apegada al pasado, a ese pasado, el de cada cual, sellado por la fuerza de la costumbre. En cambio, la ética, que remite al *ethos* de cada cual, a nuestro carácter o conciencia, pero también al modo cómo habitamos el mundo. Y esta conciencia supone muy particularmente apertura al futuro, a la posibilidad no sólo de enmendar rumbo, sino de cuestionar, de poner en entredicho el pasado, y junto con ello, lo que ya es.

Ya sea con Kierkegaard en que se subraya la posibilidad, como posibilidad existencial, o con la afirmación de nuestro ser como poder-ser de Jaspers o de Heidegger, en tanto proyección, comienza a tener un énfasis cada vez mayor el vínculo del posible ser-sí-mismo con el futuro. Podría agregarse que con Ricoeur y siguiendo esta misma línea, Giannini, es la memoria, el recuerdo que marca la travesía del sujeto narrativo, lo que cobra vuelo, y

todo ello con una novedad, cual es que cualquier supuesto sí-mismo, es un sí-mismo que se afirma, en cierto modo, desde el otro, desde una previa afirmación del otro. (Ricoeur, 1990).

Mas, este giro que enfáticamente dio Lévinas (Levinás, 1991) tiene un antecedente, hasta ahora no suficientemente atendido, en Jaspers. El posible ser-sí-mismo (*Selbstsein*) es sólo en comunicación con el otro, y a su vez la comunicación sólo es en la medida que asumo que el otro está en la misma posibilidad de ser-sí-mismo que yo.

Yo diría que el pensamiento de Giannini se enmarca claramente a su vez en esta línea, pese a no haber tenido una relación relevante con el pensamiento de Karl Jaspers. Pero, la conexión con el psiquiatra-filósofo está igual en nuestro pensador chileno, y amigo, a través de la mediación de Ricoeur.

BIBLIOGRAFIA

Eugen Fink (1995), *Grundphänomene des menschlichen Daseins*. Friburgo: Edit. Karl Alber.

Giannini, Humberto (1987) *La reflexión cotidiana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Giannini, Humberto, (2007) *La metafísica eres tú. Una reflexión ética sobre la intersubjetividad*. Santiago: Catalonia.

Dürrenmatt, Friedrich, (1960) *El desperfecto*. Buenos Aires: Compañía General Editora.

Heidegger, Martin (2001) “¿Qué es metafísica?”, en: *Hitos, trad. de Helena Cortés y Arturo Leyte*, Madrid: Alianza.

Jaspers, Karl (1994) *Philosophie. 3 Bände (I. Philosophische Weltorientierung; II. Existenzerhellung; III. Metaphysik)*. München und Zürich: Piper Verlag.

Levinas, Emmanuel (1991) *Totalité et infini: Essai sur l'extériorité*. Paris: Le Livre de Poche.

Ricoeur, Paul (1990) *Soi-meme comme un autre*. Paris: Editions du Seuil.